

LA FAMILIA ANTE EL CONFLICTO PADRES - HIJOS

M^a. Angelita Fátima Martín Sánchez
 Doctora en Clásicas y Pedagoga

ISSN: 2386-2491

RESUMEN

"Los conflictos actuales entre padres e hijos tienen lugar hoy en día en el seno de la familia. La autora analiza en el presente ensayo los cambios actuales en la familia, el influjo de la educación sobre los episodios de violencia doméstica, la relevancia de la corresponsabilidad paterna en la educación, problemas de identificación de los niños y algunos tópicos cuestionables sobre el rol de las madres y de los padres en las tareas educativas"

ABSTRAT

The current conflicts between parents and their children take place nowadays in the boson of the family. The author analyses in the present text the current changes in the family, the influence of the education on the episodes of domestic violence, the relevancy of the paternal corresponsability in the education, problems of children identification and some questionable topics on the parents role in the educational tasks.

De nuevo retorno en las páginas de LA ALBOLAFIA al tema del conflicto “padres-hijos” en un segmento fundamental del mismo: “La familia ante el conflicto”. En él se abordarán cuestiones como el cambio de identificaciones, prejuicios en la educación de los chicos y de las chicas, cómo educar a aquéllos para que posteriormente, cuando sean padres, participen activamente en la educación de sus hijos, las situaciones de violencia se desactiven y la corresponsabilidad en la educación de los hijos sea ejercida.

1.- EL NUEVO ESPACIO FAMILIAR

La incorporación de ambos progenitores al mundo laboral tiene como consecuencia más inmediata una menor dedicación a sus hijos, hasta el punto de que

una maestra, con más de treinta años de experiencia en la educación pública, que prefiere no dar a conocer su nombre, cree que “la escuela de hoy se ha convertido en un **aparcamiento de los niños**, cuyos padres están demasiado ocupados para atenderles”. Las exigencias del mundo laboral, con jornadas que se alargan, ha traído aparejada una pérdida de la presencia del padre en el hogar y también de la madre, conforme se ha incorporado al mundo laboral. Por otra parte, las exigencias económicas de muchas familias que no pueden vivir con un solo sueldo o con necesidades que les impiden vivir con el salario del padre exclusivamente, lleva a ambos progenitores a incorporarse al mundo laboral en detrimento de los cuidados y atenciones que necesitan los hijos. La consecuencia es que, en muchos

casos, los niños crecen solos, con la televisión y la escuela como únicas referencias.

Los maestros manifiestan que es imposible enderezar en la escuela el rumbo de unos chicos sin el concurso de sus padres. “Nos encontramos a menudo con niños, ¡de hasta tres años!, a quienes es imposible controlar, no atienden a razones ni a ninguna autoridad, desconocen las reglas y las normas más elementales, carecen de hábitos básicos. Los más mayores nos contestan con frases como: “¿quién eres tú para decirme nada?”, seguramente porque en sus casas no les han enseñado el respeto”, opina esta educadora de Infantil. La misma maestra no sale de su asombro cuando, al hablar con los padres, advierte que éstos no inculcan normas a sus hijos desde pequeños. Los niños, cuando se incorporan a la escuela, no conocen las reglas básicas de respeto a los mayores ni a sus iguales, respeto al mobiliario, al material, son incapaces de asimilar que a la escuela van a “trabajar” un rato y a jugar en el recreo y que para poder descansar, antes hay que haber realizado la tarea. Se creen con derecho a no trabajar. Cuando se encuentran en el aula, están pensando en salir para ver la televisión en casa sin límite de tiempo ni de programas. De esta manera, la televisión se ha convertido en la primera educadora de los niños, un hecho que confirman las estadísticas: los niños pasan el doble de tiempo frente a la “tele” que en la escuela o dialogando con sus padres.

Los tiempos actuales han horadado el concepto de amor y de pareja para toda la vida. Ahora se buscan uniones de compromiso, que terminan “cuando la autenticidad o el capricho de alguno de los protagonistas así lo exige”, según el pen-

sador Anthony Giddons. Los porcentuales de divorcios en España se han desbocado. Nuestro país es el segundo de la Unión Europea con mayor tasa de divorcios, con una media de 400.000 anuales. Habían disminuido un 8% en el año 2016 respecto al año 2015. Sin embargo, hoy en día ha aumentado el número en España de una manera alarmante, con lo cual hemos acortado distancias respecto al modelo occidental, concretamente Estados Unidos. Aunque muchos progenitores se vuelven a casar, son numerosas las familias que reducen la presencia del padre a una visita semanal. Los hogares monoparentales, es decir, los formados por un progenitor con sus hijos, han aumentado en 47.000 en un año y ya suman 1,75 millones; al tiempo que los compuestos por parejas y sus hijos se han reducido en 29.100, aunque siguen siendo mayoría con 6,3 millones, según datos del INE.

Ahora bien, si repasamos los datos de las parejas más jóvenes, cuyos hijos se encuentran en edad escolar, la situación es alarmante: más de 50.000 menores se convierten cada año en hijos de padres separados. La tasa de estos niños en una misma clase se ha incrementado de una manera exagerada, lo que ha inducido a los profesionales del ramo a elaborar una categoría nueva de niños: **los hijos de los abuelos**.

Ocupados con sus respectivos trabajos o sus nuevas parejas, muchos padres carecen del tiempo necesario para ejercer de progenitores responsables, delegando su responsabilidad a su vez en sus propios padres que se hacen cargo de los niños. La tarea de los padres de educar, formar y preparar a los hijos para una vida adulta loable se desvanece. El diálogo entre pa-

dres e hijos es sustituido por sesiones interminables de televisión sin que exista actitud crítica alguna de los programas que visualizan los niños. El interés recíproco por los problemas de padres e hijos queda evacuado mientras los niños pululan por la calle durante horas al carecer de compañía o se refugian en la habitación para hacer los deberes en soledad cuando se trata de escolares responsables o bien, esperan pacientemente hasta altas horas de la noche, tirados en un sofá, devorando chucherías y con la televisión como educadora, a que regresen los padres del trabajo. En otras ocasiones, los abuelos salen al paso de situaciones difíciles haciéndose cargo de niños que son rechazados por sus padres porque nunca fueron deseados. En algunos casos, los abuelos evitan malos tratos a niños por parte de sus padres asumiendo la responsabilidad de llevarlos a su casa y ocuparse totalmente de ellos.

Existen padres que carecen de tiempo para ir al colegio y entrevistarse con el tutor de su hijo e informarse, de primera mano, sobre su trayectoria personal y escolar, sobre las relaciones con sus semejantes, con sus compañeros, sobre sus intereses, sus proyectos, sus aficiones, etc. Y sobre todo, carecen de tiempo para dialogar un rato con sus hijos al final de la jornada porque sus ocupaciones laborales les absorben totalmente. “Hemos tenido casos de padres a los que se llamaba en repetidas ocasiones porque había problemas con sus hijos y no aparecían, y eso que ampliábamos nuestros horarios de visita para facilitárselo. Después llegaban y decían que no podían con sus hijos, que eran incontrolables, que no podían hacer más. En muchos casos son los abuelos quienes los traen y los llevan; eso sí, los

niños criados con este sistema suelen ser más serenos”, señala la educadora aludida.

Los pedagogos coinciden en que los nuevos españoles disponen de abundantes cosas. Los alumnos de colegios e institutos están bien provistos de motocicletas, videoconsolas, ropa y calzado de marcas caras y, por supuesto, de teléfonos móviles que suenan en plena clase. Sin embargo, esos mismos alumnos tienen graves carencias y deficiencias psicológicas, emocionales y afectivas debido a su desestructuración familiar. El filósofo José Antonio Marina ha estudiado la implantación de un nuevo tipo de familia a la que denomina **mercurial** porque cambia su aspecto y el número de miembros con una facilidad asombrosa. “Aumentan las familias en perpetua recombinación. Los padres intentan hacer compatibles los hijos que ya tienen con el deseo de reedificar su vida afectiva y lo hacen sin tener un manual de instrucciones. La consigna es: sal como puedas”. En ese nuevo orden de cosas, la nueva familia polariza en torno a la mujer que, después de una separación, suele ser quien se queda con los hijos. Según Nancy Chodorow⁴⁷⁸ (1) el nuevo modelo imperante en Estados Unidos, con visibles efectos mimetizantes en España, es “un núcleo estable madre/hijo, que recibe de vez en cuando la visita de hombres, en un patrón de parejas sucesivas, que dejan detrás de sí más hijos, con lo que todavía se refuerza más la consistencia y separación de ese núcleo”.

(1) *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley: University of California Press 1978. En castellano: *El ejercicio de la maternidad*. Ed. Gedisa, 1984.

El precedente tipo de afectividad de “usar y tirar” se traduce en inestabilidad emocional. Para la citada socióloga norteamericana, ante estos cambios los hombres quedan en una situación muy vulnerable, porque su capacidad de autosuficiencia es mucho menor que la de las mujeres. Tal situación impulsa en los hombres la tendencia de búsquedas de relaciones circunstanciales con mujeres, en las que el amor es desplazado por el pragmatismo.

Y como telón de fondo a los cambios aludidos, la tragedia cotidiana: la noticia habitual de los malos tratos domésticos que acaban, en algunas ocasiones, con la vida de muchas mujeres: 44 casos de mujeres asesinadas a manos de sus parejas o ex parejas entre enero y el 10 de noviembre de 2017. Las muertes representadas son las confirmadas por la Delegación del Gobierno para la Violencia de Género en ese mismo periodo de tiempo. Un reciente informe de la Fiscalía de Madrid, asociaba este hecho al alcoholismo masculino, mientras otros estudiosos lo relacionan con la incapacidad del varón para asumir los cambios de roles en la pareja, de la asunción de un nuevo papel. José Antonio Marina adelanta en una extraordinaria radiografía de la sociedad actual⁴⁷⁹, que estos hechos criminales pueden aumentar, porque unas mentalidades machistas no soportan los cambios de actitud femenina y terminan recurriendo a la violencia, comenta el filósofo en un libro que compendia una serie de artículos iniciados en 1995 (2).

Para quien fuera una autoridad en la materia, el teólogo y ex director general

de Protección de Menores, Enrique Miret Magdalena, la desintegración de la familia tradicional conlleva nefastas consecuencias en el desarrollo de muchos adolescentes y jóvenes. “Durante mi etapa trabajando con miles de jóvenes conflictivos y/o delincuentes, constaté que, en muchos casos, existía una carencia familiar, es decir, que alguno de los roles, paterno o materno, no se había cumplido. Esto provoca un desequilibrio, pues todavía no se ha encontrado un sustituto adecuado para esa carencia afectiva”.

Esta visión panorámica de nuestra sociedad nos permite aventurarnos a decir que seguimos bastante de cerca los pasos de la sociedad norteamericana, en la que la violencia se ha instalado en los adolescentes impulsándoles a cometer crímenes sin móvil aparente y convirtiendo en normal aquello que antes era un claro asesinato.

En los últimos tiempos, se han sucedido trágicos sucesos que han centrado la atención y preocupación de la sociedad española sobre la educación que están recibiendo los niños y adolescentes como los del joven valenciano que asesinó a sus padres con una espada de samurái y los de las dos adolescentes gaditanas que hicieron lo mismo con una amiga “que sacaba buenas notas”, “porque querían tener una nueva experiencia” según declararon. Mientras el padre de la niña asesinada lanzaba un amargo “toda la sociedad es responsable de lo que está ocurriendo”, no cesan las preguntas por parte de los estudiosos acerca de la educación que se está dando a los hijos en las familias actuales. Los periódicos están salpicados de noticias de padres que, amenazados por sus propios hijos, piden que éstos sean tutelados por las autoridades así

(2) MARINA, José Antonio *Crónicas de la Ultramodernidad*, Anagrama, Barcelona, 2000.

como de profesores que se consideran incapaces de controlar a unos chicos que desconocen el significado del término “disciplina”.

El sociólogo Salvador Giner, afirma que “antes el cabeza de familia era egoísta en el mundo del trabajo y altruista en la familia. Ahora el egoísmo está penetrando en la familia y socavando su moral”. El fruto de esta variopinta situación es que estamos asistiendo a una progresiva degeneración y descomposición de la institución familiar.

Los cambios que se están produciendo hoy día son revolucionarios. Los avances científicos originan nuevas mutaciones en las estructuras familiares. Así, la fecundación *in vitro* ya posibilita que se trastoquen las leyes de la naturaleza, que exigían la cópula entre un hombre y una mujer para llegar a ser padres. Gracias a esta revolución científica, un solo sexo puede, por medio de diferentes técnicas artificiales, ejercer la paternidad y, consecuentemente, aspirar a fundar una familia.

Hace tiempo que la Comunidad Foral de Navarra aprobó una ley de igualdad jurídica para las parejas de hecho, que abrió la puerta a las parejas homosexuales para que puedan llevar a cabo la adopción de un niño. Hasta hace relativamente poco, en las comunidades donde existen leyes sobre parejas de hecho, los homosexuales podían adoptar solo a título individual. Enrique Miret Magdalena, especialista en temas familiares, considera que existe un rol paterno y un rol materno que están representados naturalmente por el varón y por la mujer. Es necesario el padre y es necesaria la madre para el desarrollo del niño. Desde Freud, se ha estudiado profundamente el papel que juegan ambos en el desarrollo del indivi-

duo y, aún cuando en situaciones extremas, como la muerte de uno de ellos, un solo sexo pueda intentar representar esos dos papeles, es muy difícil que se pueda realizar adecuadamente la socialización de un niño sin que exista un varón y una mujer de referencia”.

Por si todo esto fuera poco, hay un elemento más que contribuye a incrementar la confusión ya existente: la reciente supresión de la asignatura de Ética en los colegios. Ésta suponía un apoyo moral para los educadores en los tiempos que corren, marcados por una evidente irreligiosidad. La pérdida de valores intrínsecos al ser humano es alarmante. Miret Magdalena va aún más lejos cuando dice: “Hoy en día, la familia no se ocupa suficientemente de los valores de sus hijos, delega toda su responsabilidad en la escuela, pero ésta tiene serias limitaciones porque se ha dejado de lado el papel de las humanidades y, en consecuencia, los valores éticos. Es muy necesario que haya unos valores que se transmitan de manera especial a los hijos, hay que tomárselo en serio”. Salvador Giner advierte que “si la institución familiar entra en crisis, esto acarreará problemas en la principal fuente de moralidad en el ser humano”.

Podríamos seguir planteándonos preguntas sin encontrar demasiadas respuestas. En el horizonte se vislumbran algunas soluciones como el teletrabajo y el trabajo a tiempo parcial que podrían contribuir a que hombre y/o mujer permanecieran más tiempo en el hogar. ¿Será ésta la solución para eliminar muchos de los problemas que nos acechan? De todas formas, si se consiguiese que los padres permaneciesen más tiempo en el hogar, habría que pedirles que su presencia fuese activa, es decir, que su dedicación a los

hijos fuese creativa, generosa y enriquecedora en el sentido de que entablasen diálogo con sus hijos, se interesasen por sus problemas, les enseñasen a afrontarlos y a dar soluciones a los mismos, descubriesen sus inquietudes e intereses, jugasen con ellos, adoptasen una actitud crítica ante los programas y espacios que presentan los medios de comunicación, les enseñasen a discernir y a hacer una crítica constructiva de los mismos etc... Es triste observar el enmudecimiento que existe hoy en las familias. Si por razones laborables es extraño que coincidan todos los miembros en algún momento del día e intercambien ideas, puntos de vista, opiniones... la situación se ha visto agravada por la irrupción de la televisión en nuestros hogares. Con ella se trata de acallar la incomunicación existente entre padres e hijos al tiempo que tranquilizamos la conciencia porque hemos roto el gélido silencio que impera en las familias. Ella ha conseguido llenar el vacío de diálogo que caracteriza nuestros hogares y es la reina en torno a la cual se reúnen las familias para ver y asimilar todo cuanto presenta, sin que nadie tenga el coraje de adoptar una actitud crítica y selectiva.

2.- ¿CÓMO CRIAR AL HIJO CUANDO ES UN CHICO?

La película *Psicosis* de Alfred Hitchcock nos presenta la imagen del hombre violento como alguien que ha tenido una madre dominante, hipercrítica y superprotectora mientras que del padre no se sabe nada. Tal situación permite explicar episodios con rasgos cercanos a la conducta violenta.

Cuando se estudia la etiología de la violencia masculina hay que remontarse a

la maternidad, como un factor de gran importancia. Ya hemos aludido a la trascendencia que tiene el que la madre sea cariñosa, sensible y respetuosa con el hijo, que no se prodigue en críticas absurdas y ante todo, que no someta al hijo a castigos físicos ni a humillaciones para que estas conductas no generen en el hijo rechazo hacia ella ni violencia. Sin embargo, los estudios actuales establecen una estrecha relación entre los altos niveles de conducta violenta y una paternidad problemática en la infancia.

Diversos trabajos sociológicos sobre chicos delincuentes juveniles, muestran que, en muchos casos, éstos proceden de familias en las que no hay padre en el hogar o en las que el padre está presente pero protagoniza abusos y actos violentos ⁴⁸⁰ (3). Además, las investigaciones antropológicas interculturales ponen de relieve que la conducta violenta suele darse en hombres, adolescentes y adultos, cuyos padres se inhibieron en la crianza de los hijos en los primeros años de su vida, o se ocuparon escasamente de ellos.

Por el contrario, los estudios psicológicos de familias en las que tanto el padre como la madre comparten los cuidados y la educación de los hijos/as, o en las que el padre es el principal responsable de la crianza, ponen de manifiesto que los hijos son más empáticos que los chicos educados de la manera tradicional. De hecho, así lo demuestra un estudio longitudinal realizado durante 26 años y que constató que el factor individual más estrechamente ligado a una preocupación empática era el nivel de participación del padre en el

⁴⁸⁰ (3) MIEDZIAN, M., *Chicos son, hombres serán. ¿Cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia?* Ed. horas y Horas, Madrid, 1996.

cuidado del hijo. Dorothy Dinnerstein⁴⁸¹ (4) ha expuesto una teoría en la que relaciona la mayor violencia de los hombres y la ausencia de cualidades empáticas con el hecho de que los chicos son criados casi exclusivamente por mujeres.

Nos interesa aquí remarcar que el papel secundario de los padres en la educación de los niños y, en muchas ocasiones, la ausencia de participación, está unido a la violencia de los hombres. También insistir en que la adhesión de los padres y de las madres a la mística de la masculinidad genera en sus hijos violencia.

Por otra parte, la ausencia de implicación del padre en la crianza repercute en la calidad de la maternidad que reciben los hijos; ya que una mujer que comparte el peso económico, emocional y moral de la educación de los hijos con su marido que participa activamente en ella, es más probable que sea cariñosa y afirmativa que otra que actúa sola, estresada y con resentimiento hacia el padre del hijo. La mejor aportación a la calidad de la maternidad es animar a los chicos y a los hombres a ser buenos padres. Esto nos lleva a concluir que la reducción de la violencia masculina depende de una mayor participación de los hombres en la crianza y educación de los niños y niñas porque fijaría el fin de la adhesión a la mística de la masculinidad y mejorarían las relaciones de las madres con sus hijos.

3.- CAMBIO DE IDENTIFICACIONES

En la familia tradicional, las niñas son educadas por su madre, una persona con

la que se identificarán de adultas; sin embargo, los niños no podrán identificarse con ella. El género obstaculiza la identificación.

Dorothy Dimmerstein afirma que aunque todos los bebés se identifican con su madre e interiorizan sus cualidades, sin embargo, cuando el niño tiene 18 meses ya ha adquirido una relativa percepción de que es un chico y de que es distinto de su madre. Este mundo femenino le resulta cercano y familiar pero es consciente de que cuando sea hombre, debe distanciarse de él⁴⁸² (5).

De su padre, así como de su entorno y de los medios de comunicación, de la escuela, de los compañeros, etc. aprenderá que ser hombre implica realizar unas funciones y desempeñar un papel caracterizado por el dominio, la represión de ciertos sentimientos que se desprecian por considerarlos específicamente femeninos, la organización del mundo, realizar determinados trabajos que conllevan más prestigio y mejor remuneración que los de las mujeres, etc. Sin que nadie le diga nada, el niño pequeño advierte que en el mundo adulto, la estructura de poder es contraria a la que ha vivido en su pequeño mundo. Por eso, va alejándose paulatinamente del mundo propio de las mujeres y acomodándose en el de los hombres; así va iniciándose en el trabajo fuerte, disimulando el temor, va reprimiendo sus primeros sentimientos de afecto, dependencia, apego, de sensibilidad...; así llega a forjar un carácter fuerte, duro, hasta hosco, en ocasiones, mucho más cercano al de un hombre de verdad por-

⁴⁸¹ (4) *The Mermaid and The Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*. Nueva York: Harper and Row, 1977

⁴⁸² (5) *Ibidem*, tomado de MIEDZIAN, M., o.c., p. 123.

que las otras cualidades las minusvalora como propias de mujeres.

Por reprimir sus emociones y sus necesidades más íntimas recibirá indudablemente un premio: un mayor prestigio social por el único mérito de haber nacido hombre. J. Stuart Mill, filósofo del siglo XIX, previó el resultado de esta recompensa cuando escribió:

“Piensa lo que significa para un niño hacerse hombre en la creencia de que independientemente de sus propios méritos o esfuerzos, aunque sea el más frívolo y hueco o el más ignorante y estúpido de la humanidad, sólo por haber nacido hombre es por derecho superior a todos y cada uno de los miembros de la otra mitad de la especie humana...”⁴⁸³ (6).

Mill llegó a la conclusión de que la diferencia de poder entre hombres y mujeres constituye el estereotipo para poder hablar de desigualdad entre ambos sexos.

Raphaela Best, educadora que trabajó e investigó en una escuela de primaria del extrarradio en la década de los setenta, en su libro *Todos tenemos cicatrices*, expone los comportamientos de los chicos para demostrar su hombría así como las negaciones y represiones a las que tiene que llegar un chico para no parecer remotamente femenino en sus actos, gustos y sentimientos. En su libro narra cómo un chico de segundo “tuvo que superar y desterrar cualquier rasgo de sus actos, sentimientos y gustos que pudiera ser interpretado como remotamente femenino”. Actitudes y tareas asociadas tradicionalmente a la mujer como ayudar en la

limpieza de la clase, demostrar el cariño o jugar con niñas estaba mal visto. En definitiva, “los chicos no podían hacer nada que hicieran las chicas”⁴⁸⁴ (7). El chico que se precie de ser hombre tiene que estar dispuesto a pelear siempre, debe demostrar que es el primero físicamente, en el deporte y en el trabajo escolar. Las familias, muchas veces, potencian estos valores. Los padres rechazan cualquier conducta que no sea típicamente “masculina”; con esta actuación, el padre está avalando la mística de la masculinidad. Este tipo de padres no exterioriza sus emociones, sólo le preocupa el poder, el dominio, la fuerza y la dureza, sus preferencias en el cine van de John Wayne a Sylvester Stallone, ve programas marcados por la violencia en T.V., suele utilizar un lenguaje sexual grosero respecto a las mujeres. Es fácil que este padre piense que una participación activa en el cuidado de los hijos e hijas no es de hombres. Como consecuencia, su hijo se preocupará poco por los demás. Este tipo de padre es probablemente el modelo de una gran mayoría de hombres, que suelen ser buenas personas, pero que refuerzan en sus hijos las cualidades que sirven para insensibilizarles y hacerles más proclives a cometer o justificar actos violentos⁴⁸⁵ (8).

Holt pone de manifiesto que muchos padres y madres, cuando educan a sus hijos en los valores de la mística de la masculinidad, están fomentando indirectamente conductas violentas al no fijar límites claros y dejar bien sentado que la violencia no se puede tolerar. De hecho, los hijos de estos padres, que, por otra

⁴⁸³ (6) STUART MILL, “On the subjection of women” (Sobre el sometimiento de las mujeres), *Essays on sex equality* (Ensayos sobre la igualdad sexual) por John Stuart Mill y Harriet Taylor Mill. Alice S. Rossi, ed. Chicago: The University of Chicago Press, 1970, p. 218.

⁴⁸⁴ (7) BEST, R., *We 've All Got Scars. What Boys and Girls Learn in Elementary School*. Bloomington: Indiana University Press, 1983, p 78.

⁴⁸⁵ (8) MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 125,

parte, pueden ser óptimas personas, pueden sucumbir ante la presión de sus compañeros y participar en violaciones o caer en las redes de “pandas de chicos” que propinan palizas a miembros de grupos minoritarios marginales; o, incluso, pueden poner en peligro la vida de personas cuando son conscientes de que su situación de poder les permite tomar decisiones drásticas⁴⁸⁶ (9).

Holt prosigue que el trato fuerte y duro que se da muchas veces a los niños, pone de manifiesto que el organismo ha tenido que acostumbrarse previamente a él perdiendo sensibilidad hacia el dolor y se ha visto obligado a despreocuparse de los sentimientos⁴⁸⁷ (10).

Por el contrario, incluso en el seno de la familia tradicional, un padre afectuoso, cariñoso y próximo a los hijos, que no tiene complejo ni respeto humano por mostrar ciertas manifestaciones de ternura, empatía o lágrimas, y que, al lado de su esposa, no consiente la violencia ni trata de inculcar a su hijo los rasgos de una mística masculina, tiene muchas más posibilidades de tener un hijo que no recurra innecesariamente a la violencia. Ese hijo sufrirá menos trauma cuando se aleje de las emociones “femeninas” porque puede “identificarse” con su padre y conservar algunas de las cualidades empáticas y amorosas que asimiló en su día.

Este chico encontrará una notoria dicotomía entre la actuación de su padre y la de los padres de muchos de sus compañeros y deberá estar alerta para no convertirse en un sabroso bocado si no

⁴⁸⁶ (9) HOLT, ROBERT R., entrevista con MYRIAN MIEDZIAN, autora de *Chicos son, hombres serán. ¿Cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia?*, horas y Horas, Madrid, 1996.

⁴⁸⁷ (10) Cf. MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 125.

hace frente a los “matones” del colegio. Sin embargo, de adulto, no será proclive a ejercer la violencia⁴⁸⁸ (11).

Por el contrario, el chico que sufre malos tratos físicos y emocionales por parte de su padre no conocerá contradicciones pero se adecuará con facilidad al ejemplo que ha recibido de su progenitor y podrá actuar violentamente convirtiéndose en el “abusón” de la clase.

Para los chicos sin padre, el arquetipo de lo que significa ser hombre está representado por su grupo de iguales y por los medios de comunicación.

Les Willis dirige un programa para padres adolescentes en un hospital de Filadelfia. Trabaja con una población integrada en un 98% por jóvenes de clase baja y afroamericana. Muchos de estos jóvenes no saben tratar con afecto a sus hijos. Precisamente, es en este punto en el que encuentran más dificultades que salvar estos adolescentes porque temen que sus compañeros les consideren afeeminados si observan ciertas manifestaciones afectuosas con su bebé. Cuando consiguen superar ese miedo, gracias a la intervención de los terapeutas y de los grupos de apoyo, muchos de estos jóvenes se sinceran así: “Siempre he querido llevar a mi hijo en brazos o empujar el cochecito, pero tenía miedo de que me llamaran marica”⁴⁸⁹ (12).

El programa de Willis es muy positivo tanto para lograr que los adolescentes asuman sus responsabilidades como padres como para ayudarles a obtener y conservar un trabajo; además se consigue establecer un abismo entre estos jóvenes

⁴⁸⁸ (11) *Ibidem*, p. 126.

⁴⁸⁹ (12) WILLIS, entrevista con la autora MIEDZIAN, M., *o.c.*, p.127.

de “alto riesgo” y la violencia. La participación en el programa reduce la posibilidad de que sus hijos sean violentos más tarde. Las investigaciones realizadas con chicos delincuentes han ofrecido luz a los sociólogos y les han ayudado a llegar a la conclusión de que los chicos criados sólo por madres presentan una especial tendencia a ser violentos debido a lo vulnerables que son a la “hipermasculinidad”.

El sociólogo Walter B. Miller propugna que la preocupación por la fuerza, el poder y el dominio que caracteriza a la clase baja, puede responder a que un porcentaje bastante alto de estos chicos carece de una figura masculina como punto de referencia con el que pueda identificarse y al que pueda tener como modelo. Por esta razón, desarrollan una “preocupación casi obsesiva por la masculinidad”⁴⁹⁰ (13). No son pocas las veces en las que ésta viene aparejada con una tendencia a la homosexualidad, hecho que se pone de manifiesto en repetidas agresiones físicas dirigidas a hombres homosexuales.

El sociólogo Pleck analiza críticamente las teorías de la hipermasculinidad en una de sus obras⁴⁹¹ (14). En una de sus críticas llama la atención acerca del hecho de que estas teorías presuponen que la dualidad tradicional de roles de hombres y mujeres es buena y válida y trasladan el problema de los jóvenes delincuentes a la

ausencia de un padre tradicional. Para él, el problema se debe más a la imposición de rígidos roles dependientes del sexo que a la ausencia del padre. Si nuestra concepción de lo que es un comportamiento aceptable para hombres y mujeres fuera más flexible, los chicos criados por madres no tenderían a actuar de manera “hipermasculina” para demostrar su hombría porque, en definitiva, estaría “bien visto” que los “hombres de verdad” fueran empáticos, afectuosos y emocionalmente comunicativos.

La objeción que se puede poner a esta postura es que los últimos estudios de antropología, psicología y sociología indican que la falta de participación paterna juega un importante papel en el desarrollo de roles de género en función del sexo biológico rígidos, dicotómicos y jerárquicos, donde el papel masculino implica un alto grado de violencia. Este problema se podría solventar si los padres se involucrasen más en la crianza de los niños y de las niñas y ésta sería la condición para una relación sexo/género más fluida y para una consiguiente disminución notable de la violencia⁴⁹² (15).

Beatrice Whiting ha investigado en seis culturas distintas sobre las consecuencias que tiene el modo de criar a niños y niñas en su personalidad posterior y ha llegado a la conclusión de que las culturas en las que predominaba la violencia era en aquéllas en las que los padres mantenían menos relación con la familia y se ocupaban menos de la crianza de los hijos e hijas. Además, el marido y la esposa apenas hacían vida en común. Hay múltiples trabajos realizados a partir

⁴⁹⁰ (13) MILLER WALTER, B., “Lower class culture as a generating milieu of gang delinquency” (La cultura de clase baja como medio generador de delincuencia de pandillas) en *The sociology of crimen and delinquency* (La sociología del crimen y la delincuencia), editado por M.E. Wolfgang, L. Savitz y N. Johnston, p. 270, tomado de MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 127.

⁴⁹¹ (14) PLECK, J. H., *The Myth of Masculinity*. Cambridge: The MIT Press, 1983, citado por MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 127.

⁴⁹² (15) Cf. MIDZIAN M., *o.c.*, p 127-128.

de investigaciones interculturales que corroboran estas conclusiones⁴⁹³ (16).

Whiting sostiene que la separación de los sexos está abocada a un conflicto de identidad en los chicos, a un temor inconsciente a ser femeninos que cristaliza en una “masculinidad militante”, a marcar aún más las diferencias entre hombres y mujeres, a un ferviente antagonismo y temor a las mujeres, a una solidaridad masculina y, por lo tanto, a un aislamiento de las mujeres y de los niños y de las niñas pequeños⁴⁹⁴ (17).

Como telón de fondo de todas las investigaciones adquiere carta de naturaleza la idea de que cuanto más se entregue una madre a la educación de su hijo sin contar con la ayuda del padre, más se acusará en el futuro la necesidad en él de renunciar a su identificación con ella y con sus cualidades femeninas para demostrar su mas-

culinidad mediante la “hipermasculinidad”.

Sin embargo, la psicóloga Diane Ehrensaft realizó un estudio de familias en las que el padre y la madre han compartido la crianza y el cuidado de los hijos/as y ha llegado a la conclusión de que los hijos educados por madres y padres no adoptan la conocida actitud negativa⁴⁹⁵ (18).

Cuando un niño puede identificarse con su padre desde pequeño y cuando dicha identificación implica amar, proteger y sentir los lazos que le unen a los demás, el desarrollo de su identidad masculina no consiste en reprimir la identificación con su madre y en prescindir de las cualidades femeninas, no tendrá necesidad de despreciar a las mujeres, pues al tener un padre que participa en su crianza, es muy probable que sea empático con los demás, sean hombres o mujeres.

Las investigaciones realizadas demuestran que la falta de participación masculina en la crianza de los niños y de las niñas genera menor sensibilidad y empatía y contribuye a aumentar la violencia.

Para la familia tradicional, ser un buen padre es ser un buen proveedor. Cuando un niño ensaya el papel de padre está ensayando su trabajo futuro y su éxito económico. Los padres también tienen que involucrarse en la odiosa tarea de corregir a sus hijos, de inculcarles ideales de competitividad y de sacrificio y, por supuesto, de jugar o practicar algún deporte con ellos. El adolescente que aprende a ser competitivo, a sacrificarse y a tomar parte en actividades deportivas,

⁴⁹³ (16) La socióloga Whiting ha estudiado con dedicación la relación entre el modo de criar a los hijos, concretamente la falta de implicación por parte de los padres y la conducta violenta en un trabajo titulado “Sex identity conflict and physical violence: A comparative study” (Conflicto de identidad sexual y violencia física: estudio comparativo), en *Ethnography of law*, 67, p. 2, Laura Nader, ed. P. 123-4 (1965). Se basa en *Six cultures: Studies in child rearing* (Seis culturas: Estudios sobre la crianza infantil), editado por Beatrice Whiting. Entre los numerosos estudios que tratan la relación entre la escasa presencia del padre y la violencia podemos citar: R.V. BURTON y J. W. M. WHITING, “The absent father and cross-sexuality” (El padre ausente y la identidad sexual cruzada), en *Merrill-Palmer Quarterly*, (1961), p. 90; M. K. BACON, I. L., CHILD y H. BARRY III, “A cross. Cultural study of correlates of crime” (Un estudio intercultural de los elementos comunes del crimen) en *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 66 (1963), pp. 241-300, citados por MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 145.

⁴⁹⁴ (17) WHITING, B., “Sex identity conflict and physical violence: a comparative study” (Conflicto en la identidad sexual y violencia física: estudio comparativo), en *Ethnography of Law*, 67 (1965) p. 137.

⁴⁹⁵ (18) *Parenting Together: Men and Women Sharing the Care of Their Children* (Criando juntos). Nueva York: The free Press, 1987, pp. 235, 236.

está preparándose para ser un “buen padre”.

La psicóloga Phyllis Berman⁴⁹⁶ (19) ha estudiado el influjo que ejercen los padres y las madres, generalmente de forma inconsciente, en las actitudes de los niños y de las niñas respecto a las atenciones y cuidados que precisan los pequeños. Berman grabó en vídeo a cuarenta y ocho niños y niñas, de dos y tres años, cuando jugaban con muñecas delante de sus padres y madres y recogió los comentarios que éstos hacían sobre las actitudes que adoptaban aquéllos durante el juego: la mayor parte de los padres y de las madres animaban a las niñas a sentirse “madres del muñeco” y a cuidar de su bebé; sin embargo, sólo uno o dos de los padres y madres de los niños animaron a sus hijos a que fueran el padre del muñeco. Este grupo de padres y madres, profesionales universitarios, no fueron conscientes de la labor que estaban haciendo ni de los valores que estaban inculcando a sus hijos; no advirtieron que animaban a sus hijas, pero no a sus hijos, a sentirse como futuros progenitores que cuidaban a sus hijos⁴⁹⁷ (20).

Cuidar y atender a los niños y niñas pequeños exige esfuerzo, paciencia, auto-sacrificio y empatía. Las investigaciones psicológicas revelan que cuando la empatía aumenta, la violencia disminuye⁴⁹⁸ (21).

⁴⁹⁶ (19) “Young Children’s Responses to Babies. Do They Foreshadow Differences Between Maternal and Paternal Styles?”, *The Origins of Nature*, Alan Fogel y Gail Melson, eds. Hillsdale, NJ.: Erlbaum, 1986.

⁴⁹⁷ (20) BERMAN, Ph., describió el estudio en una entrevista en 1989, citado por MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 132.

⁴⁹⁸ (21) Cf. NORMA DEITCH FESHBACH, “Sex differences in empathy”, (Diferencias en la empatía por razón del sexo) en *The development of prosocial behavior* (El desarrollo de la conducta

Según Martin Hoffman, especialista en el estudio de la empatía, el altruismo y en el desarrollo de los principios morales, en las últimas décadas, psicólogos que discrepan en diferentes teorías, coinciden en considerar la empatía como “el factor más importante de la conducta altruista”⁴⁹⁹ (22). Desde pequeñas, las niñas desarrollan más la empatía y el altruismo que los niños. Quizá aquéllas estén dotadas de una mayor predisposición hacia la empatía que los niños; no obstante, aunque fuese cierto que la naturaleza hubiese distinguido a las niñas con una notoria predisposición biológica a la empatía, ésta aumentaría por la socialización posterior. Además es más fácil ser empático con alguien cuando se han vivido emociones similares. Sin embargo, a los chicos se les enseña y “obliga” a reprimir sus sentimientos de miedo, afecto, debilidad... Consecuentemente tienen un repertorio emocional más reducido que el de las niñas. Por otra parte, los niños tienen a gala realizar tareas arriesgadas puesto que establecen una estrecha relación entre el riesgo y la hombría. Rapahela Best tuvo ocasión de escuchar de labios de un niño: “Todos tenemos cicatrices”⁵⁰⁰ (23).

4.- PADRES QUE COMPARTEN LA CRIANZA Y QUE SON LOS PRINCIPALES CUIDADORES.

prosocial), editado por Nancy Eisenberg, Nueva York: Academic Press, 1982, p. 317.

⁴⁹⁹ (22) HOFFMAN, M., entrevista con la autora, 1988, 1989, citado por MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 132.

⁵⁰⁰ (23) *We’ve All Got Scars What Boys and Girls Learn in Elementary School* (Todos tenemos cicatrices). Bloomington: Indiana University Press, 1983, p. 75.

Últimamente ha aumentado el número de hombres que han pasado a engrosar las filas integradas por los principales responsables del cuidado de sus hijos o que lo comparten por igual con las madres. Tal cambio modifica sensiblemente la práctica pedagógica y los resultados de la misma.

Así para la psicóloga Diane Ehrensaft y para Kyle Pruett, psiquiatra de Yale, los niños y las niñas criados en familias en las que el padre era el principal responsable del cuidado no presentaban dificultad alguna para asignar los roles que tradicionalmente se asocian a un sexo como atribuibles también al otro. Para estos niños y niñas, criados total o parcialmente por sus padres, cuidar y proteger, esto es: ser padre en el sentido más amplio del término, forma parte del hecho de ser hombre. Las ideas más amplias de estos niños sobre los comportamientos adecuados o inadecuados para hombres y mujeres no afectaban a la percepción de su identidad sexual⁵⁰¹ (24). Estos niños tienen una idea más flexible de los roles y consiguen una identidad masculina fácilmente. La razón es obvia: estos niños, desde los primeros días de vida se sienten próximos emocionalmente a alguien de su sexo; a diferencia de los otros, con el paso del tiempo, según van creciendo no se ven obligados a realizar el esfuerzo de separarse emocionalmente de la persona que les cuida para identificarse con otra persona lejana a ellos. De adultos, podrán seguir sintiéndose unidos emocionalmente a sus padres e identificarse con ellos. Así, un chico criado por su padre o por su padre y por su madre conjuntamente, posee una identificación masculina *primaria*; por contras-

te, un chico criado por su madre, tendrá una identificación masculina *secundaria*.

La crianza y el cuidado de los hijos tienen unos efectos psicológicos en los padres. Ellos mismos reconocen que se hacen más tolerantes, pacientes, equilibrados y sensibles a las necesidades de los demás y transmiten a sus hijos una discriminación sexual menos intensa que los padres tradicionales⁵⁰² (25). Uno de los padres corresponsables en la crianza y educación de los hijos/as se expresaba así: “En los últimos cinco años me he convertido en una persona diferente. Soy más tolerante, tengo mucha más paciencia y soy mucho más tranquilo que antes del nacimiento de nuestra hija”⁵⁰³ (26). La psicóloga Ehrensaft confirma estas cualidades en los padres que se ocupan del cuidado y de la crianza de sus hijos pues aprenden a ser “más pacientes, equilibrados y sensibles a las necesidades de los demás”⁵⁰⁴ (27).

Ehrensaft y Pruett defienden que el cuidado de los bebés permite a los hombres adentrarse en un nivel muy profundo, como es el de los sentimientos de vulnerabilidad, dependencia, perdón y amor, algo que les ha estado prohibido vivir pues les enseñaron a reprimirlos cuando eran pequeños. Ehrensaft sostiene que la participación conjunta de los padres en el cuidado y en la atención de los hijos e hijas es una “experiencia emocional reeducadora” pues facilita a los hombres la toma de contacto con el niño que llevan dentro de sí mismos, *ya que no*

⁵⁰¹ (24) MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 134.

⁵⁰² (25) PRUETT, K., *The Nurturing Father*. Nueva York: Warner Books, 1987, p. 290.

⁵⁰³ (26) Tomado de MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 135.

⁵⁰⁴ (27) EHRENSAFT, D., *o.c.*, p. 164.

necesitan fingir, pueden llegar a ser seres humanos completos⁵⁰⁵ (28).

El libro de Pruett termina con este párrafo muy clarificador:

Puesto que niños y niñas, por igual, nacen con una fuerte predisposición a procrear y cuidar, sería enormemente sabio y esperanzador no animar tan sólo a la mitad de la población humana a asumir esta preciosa herencia...

Imaginen lo que este tipo de hombre podría hacer por la sociedad. Podría cuidar y ser amoroso sin sentir miedo ni vergüenza, podría ser abierto y vulnerable sin convertirse en víctima. Podría fomentar en sus hijas/os la libertad de ser fuertemente femeninas o tiernamente masculinos pero, sobre todo, profundamente humanos⁵⁰⁶ (29).

5.- IMPLICACIÓN DEL HOMBRE EN LA NOBLE MISIÓN DE “DAR VIDA”, NO DE QUITARLA.

Frecuentemente los niños y niñas identifican la crianza y la protección con el mundo femenino, basándose en el hecho de que es la mujer la que alberga en su útero al feto y la que da a luz. Estos niños advierten que la capacidad de dar la vida les está vetada y la conciben como algo ajeno; de ahí que la psicoanalista Horney describa estos sentimientos aludiendo a una expresión creada por ella: “envidia del útero”⁵⁰⁷ (30).

Cuando al hijo le llega el momento de rechazar la identificación con su madre, automáticamente reprime esos sentimientos que, por otra parte, continúan condicionando su conducta desde un nivel inconsciente. Muchos hombres consideran el poder de destruir la vida como el equivalente del poder femenino de crearla. Así se expresa el escritor William Broyles, Jr., veterano de la guerra de Vietnam: “Para los hombres (la guerra) es, a un nivel espeluznante, lo más parecido a lo que para una mujer es tener un hijo: la iniciación en el poder de la vida y la muerte”⁵⁰⁸ (31).

Pruett dice que la diferencia esencial entre los chicos criados de una forma tradicional y los criados por sus padres es que éstos últimos tienen más curiosidad por ver al padre como “procreador”. Los chicos que estudió “veían al padre como un creador de seres humanos, junto con la madre que los gesta y da a luz”⁵⁰⁹ (32).

Para una familia tradicional o para una familia en la que hay una madre soltera, el hecho de que la madre necesite la concurrencia del varón para tener un hijo, no ocupa un primer plano, porque es algo que se sitúa en un nivel abstracto y lejano. Sin embargo, cuando el padre se responsabiliza del cuidado de los niños y de las niñas, al igual que la madre, tener un bebé significa embarcarse en una *empresa conjunta* en la que el padre aporta a la madre la semilla que le permite tener ese hijo. El padre cobra una importancia vital en este proceso que se vive directamente y como una realidad tangible. Es muy

⁵⁰⁵ (28) Citado por MIEDZIAN, M., *o.c.*, 135.

⁵⁰⁶ (29) PRUETT, K., *o.c.*, p. 300-301.

⁵⁰⁷ (30) HORNEY, K., *Feminine Psychology*, Harold Kelman, ed. Nueva York: The Norton Library, 1973. En castellano: *Psicología femenina*. Ed. Alianza, 1990, citada por MIEDZIAN, M., *o.c.*, p.136.

⁵⁰⁸ (31) BROYLES, W. Jr., “Why men love war” (¿Por qué los hombres aman la guerra?), *Esquire*, noviembre de 1984, p. 61, citado por MIEDZIAN, M., *o.c.*, p.136.

⁵⁰⁹ (32) PRUETT, K., *o.c.*, p. 210.

probable que los chicos criados o co-criados por padres vean a los hombres en general y así mismos, en particular, como *dadores de vida*. Otro aspecto positivo sería una relación más cercana entre el padre y la madre en cuanto a la concepción del acto sexual se refiere, confiriendo a éste un matiz procreador y viendo su proyección en una *paternidad responsable, protectora y afectuosa*. Para muchos hombres el sexo se asocia a “poder”, “dominio” y “agresión” y se deslinda del “amor” y de la “procreación”.

De esta forma, experimentar el poder de dar vida podría reemplazar a la necesidad de experimentar el poder de quitarla. El hombre, en general, ha sido proclive a participar activamente en actividades bélicas y se le ha atribuido la facultad de disponer de la frialdad, el valor y la serenidad suficientes como para matar en la guerra; pues bien, esta inclinación puede ser reemplazada por la emoción y el entusiasmo que proporciona dar vida e involucrarse íntimamente en ello. Como dice J. Glenn Gray, los sentimientos de poder, emoción y disfrute por la destrucción y camaradería que muchos hombres experimentan en la guerra son reacciones al aburrimiento y a la escasa satisfacción que encuentran en la vida cotidiana. ¿Dónde podrían encontrar los hombres el sustituto de la guerra?, pregunta Gray. Él ofrece la alternativa del “aumento del amor y del cuidado creadores que se oponen radicalmente al deseo de destrucción...”⁵¹⁰ (33).

⁵¹⁰ (33) GRAY, J. GLENN, *The Warriors*. Nueva York: Harper and Row, 1970. En castellano: *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*. Ed. Grijalbo, 1993, p. 238, citado por MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 138.

Los hombres, fieles a los valores que caracterizan la mística masculina, apenas pueden desarrollar vínculos afectivos profundos con sus esposas y niños o niñas ni con otros hombres. El vacío de sus vidas lo llena el aliciente que sienten por la guerra. Por el contrario, los hombres que están muy unidos afectivamente a sus esposas, hijos e hijas y amigos, serán reacios a enviar a sus hijos y a los de sus amigos a la guerra y ellos mismos sentirán un rechazo total.

Muchos hombres deberían plantearse si una paternidad afectuosa y protectora no les proporcionaría una enriquecedora experiencia al asumir la responsabilidad que conlleva el rol de padre y se sentirían totalmente realizados al transmitirla a sus hijos. La adquisición de esta responsabilidad y la preocupación por las nuevas generaciones, modificaría la conducta de los hombres que dejarían de lado su afición por destruir el medio ambiente.

6.- LAS MUJERES, ¿HADAS O BRUJAS?

Existe otra forma de violencia masculina que tiene como punto de mira a las mujeres. Los datos, hoy en día incrementados alarmantemente, son estremecedores. Ya en 1989, un 28% de las mujeres asesinadas, lo fueron por sus maridos o novios, se contabilizaron 94.504 violaciones denunciadas; casi 1.800.000 mujeres sufren malos tratos al cabo de un año⁵¹¹

⁵¹¹ (34) En España resultan ya lejanas las siguientes cifras: en 1993, 86 mujeres, el 23% de las mujeres fueron asesinadas por sus maridos o compañeros sentimentales; se presentaron 1.812 denuncias de violaciones; 16.028 mujeres fueron agredidas y se vieron obligadas a buscar refugio en alguna de las 40 casas de acogida que existen. Según el Instituto de la Mujer, las denuncias por malos tratos se elevan al 10% de los casos realmente producidos, cifrados en 250.000, tomado

(34). Las mujeres, en no pocas ocasiones, son víctimas de abandono bien por sus maridos o novios, que se niegan a responsabilizarse económicamente o en otros aspectos de los hijos e hijas que han tenido. Las mujeres de mediana edad son despreciadas cuando sus maridos comienzan a interesarse por otras más jóvenes. Sin embargo, el hombre al que abandona a una mujer carece de iniciativa para hacer frente a esa situación. ¿Qué móviles impulsan a los hombres a cometer tantos crímenes pasionales y a sentir odio hacia las mujeres?

El primer factor que influye es la adhesión a unos estereotipos tradicionales sobre los roles de hombres y mujeres. Un prejuicio que afecta al género. El hombre piensa que él tiene derecho a ser dominante y la mujer tiene el deber de ser sumisa. Cuando surge el conflicto el hombre no sólo se sentirá herido si su esposa o novia le abandona o si ella no se somete a sus deseos, sino que además considerará su conducta como una profunda humillación dirigida a su virilidad⁵¹² (35).

En segundo lugar, las mujeres cuidan de los hijos y de las hijas desde la cuna. El bebé, un ser desvalido y dependiente de su madre experimenta a la persona que satisface sus necesidades como alguien que es todopoderoso y siente a su madre

alternativamente como Hada o como Bruja. Con esto llegamos a la conclusión de que mientras solamente las mujeres satisfagan las necesidades de los niños y niñas pequeños, las reacciones emocionales de los hombres ante las mujeres estarán distorsionadas. Siguiendo a Freud cuando afirma que las emociones reprimidas influyen inconscientemente en la conducta, llegaríamos a la conclusión de que, el hombre que de niño, ha reprimido sentimientos fuertes de rabia contrarios a su madre, de mayor aflorarán dichos sentimientos depositados en el subconsciente en relación con las mujeres.

En el caso de que el niño pequeño sea criado conjuntamente tanto por el padre como por su madre, no se verá obligado a cambiar las identificaciones para llegar a ser un hombre y por lo tanto no tendrá que reprimir sus emociones. En este caso, será menor el rechazo a sus primeros sentimientos de rebelión, amor y dependencia. El recuerdo asociado a esos sentimientos no se proyectará exclusivamente en la madre, por eso será más empático y se reducirá la posibilidad de que actúe violentamente. Los chicos no verán a sus madres en lo más profundo de su psique como la única figura omnipotente capaz de dar vida. La psique de cada chico tendrá *Hadas y Magos, Brujas y Demonios*⁵¹³ (36). Pero si la represión ha sido menor en la infancia, estos sentimientos tendrán una expresión menos intensa en la personalidad de los hombres adultos. Por otro lado, la participación de los padres en el cuidado de los niños reduciría la ira y la violencia del hijo. No podemos perder de vista, que un chico que no es arropado por el afecto y cuidado de su madre proyectará sus sentimientos de rabia en ella

de MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 139. Esta lacra social sigue afectando a la sociedad aún en nuestros días, así: un total de 44 mujeres han sido asesinadas a lo largo de 2016 por otros tantos hombres con los que mantuvieron una relación de pareja. De acuerdo con los casos confirmados que maneja la Delegación del Gobierno para la Violencia de Género, este año se han producido 44 crímenes machistas por lo que ascienden ya a 870 las mujeres asesinadas por esta causa en 13 años. También en 2016 ha muerto un menor de edad como consecuencia de esta lacra y 26 niños y adolescentes han quedado huérfanos de madre.

⁵¹² (35) MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 139.

⁵¹³ (36) *Ibidem*, p. 140.

con más facilidad que un chico cuya madre es afectuosa y preocupada. Si los padres se involucrasen en el cuidado de los hijos e hijas mediante una participación activa y afectuosa, disminuirían la rabia y el odio inconscientes contra las mujeres ya que se brindaría la posibilidad a las madres de satisfacer las necesidades de sus hijos e hijas. Aquellas mujeres que no cuentan con el apoyo emocional o económico del padre de su hijo, tienen una ardua tarea que cumplir y un gran riesgo de generar rabia en su hijo.

Brent Willock ha realizado una investigación sobre niños y niñas hiperagresivos y ha constatado que, en muchas ocasiones, el abuso emocional y físico que han padecido estos niños/as se debe a que tienen madres que se agobiaron y deprimieron por situaciones y circunstancias vitales estresantes además de por una falta de apoyo emocional⁵¹⁴ (37). Existen madres que proyectan sobre su hijo la rabia y el odio contenidos que sienten contra el padre del chico o contra sus propios padres, que no les prestaron los cuidados necesarios y que abusaban de ellas. Les Willis, en su programa para padres adolescentes apuntaba lo diferentes que se sentirían estas jóvenes y lo distintas que podían ser las vidas de sus hijos e hijas, si se hubiera sintonizado con sus novios inmediatamente al embarazo y hubieran participado en un grupo de pa-

dres que les hubieran empujado a proporcionar apoyo emocional y físico a sus novias embarazadas y a estar presentes en el nacimiento de sus hijos⁵¹⁵ (38).

7.- CORRELACIÓN ENTRE EL INCREMENTO DEL CUIDADO Y LA DISMINUCIÓN DE LA VIOLENCIA

El cariño y el cuidado en los periodos de formación del niño afecta de modo relevante a los orígenes y desarrollo en aquel tanto de la sociabilidad como de la violencia. Los episodios de afecto y sus opuestos de odio generan un depósito psíquico en el educando que aflora cuando reaparecen o se repiten situaciones similares.

El camino más adecuado para conseguir un cambio radical que favorezca la erradicación de la violencia, es la corresponsabilidad en el cuidado de los niños y de las niñas, lo cual no significa que en todas las familias padre y madre deban compartir por igual esta tarea. Padres y madres ejercen sus tareas educativas en segmentos diferentes de la vida familiar. Los hombres deben aceptar como cualidades masculinas la empatía, la capacidad de conectar emocionalmente y la preocupación por los demás. Las habilidades que sobresalen en el género masculino sobre soportes biológicos y temperamentales estimulan la adquisición y desarrollo de las mismas en el niño que contempla al padre como espejo de identidad. Tal hecho debería conducir a una considerable disminución de los hombres proclives al maltrato. Ahora bien, la corresponsabilidad habría que hacerla extensiva a todos

⁵¹⁴ (37) WILLOCK, B., "Narcissistic vulnerability in the hyperaggressive child: The disregarded (unloved, uncared-for) self" (La vulnerabilidad narcisista en el niño hiperagresivo : La estima despreciada (no amada, descuidada), en *Psychoanalytic Psychology*, 3 (1986) p. 65. Para estudiar la incidencia de la falta del padre sobre la conducta de la madre, v. El artículo de MARTIN HOFFMAN, "The role of the father in moral internalization" (El papel del padre en la internalización moral), en *The role of the father in child development*, editado por M. E. Lamb.

⁵¹⁵ (38) MIEDZIAN, M., *o.c.*, 142.

los miembros de la familia para lograr mayor eficacia y compromiso.

La experiencia pedagógica testimonia que a mayor incremento del cuidado sobre los hijos por parte de los padres disminuye la tendencia a la violencia. El niño o adolescente abandonado traduce su soledad por una parte en una búsqueda de protección y compañía en compañeros no siempre ejemplares dando origen a las conocidas “tribus urbanas”. Por otra, desarrolla un carácter reservado y desconfiado ante un contexto social cercano que no le aprecia.

8.- PREJUICIOSOS TÓPICOS TRADICIONALES:

8.1.- No dejéis a los niños y a las niñas en manos de los hombres.

Existe una idea preconcebida y generalizada acerca del déficit de capacidades que tiene el hombre para empatizar emocionalmente con los niños y con las niñas. Esta idea nos lleva a considerar al varón falto del instinto biológico necesario para cuidar a un bebé, de esta forma el abismo que abrimos entre el hombre y la mujer se incrementa. Las atenciones que podrían proporcionar los varones serían, en el mejor de los casos, inferiores a las que dan las madres y, en el peor de los casos, irían acompañados de malos tratos y a veces de abusos sexuales. Esta tesis parece estar respaldada por las estadísticas: los hombres son los responsables de muchos de los abusos sexuales que se practican a la infancia. Cada año aumentan las denuncias por relaciones incestuosas que tienen por víctimas a mujeres americanas menores de dieciocho años pero desco-

nocemos los muchos casos que no salen a la luz porque no se denuncian.

Tanto hombres como mujeres pueden ser responsables del maltrato infantil. Se ha hecho notar que dado que los hombres dedican menos tiempo a estar con los niños y niñas, se podría sacar la conclusión de que, aun siendo más breve el tiempo de dedicación, ellos son más propensos a cometer malos tratos⁵¹⁶ (39). Lo cual avalaría la tesis de la menor capacitación del género masculino para ofrecer una aceptable labor educativa.

A este propósito disponemos desde tiempo atrás del estudio de Pruett sobre niños y niñas criados por padres. Cuando Pruett inició su estudio, se llevó una agradable sorpresa al comprobar los resultados obtenidos por aquéllos en el Cuestionario de Desarrollo de Yale, unos resultados tan buenos como los de los niños procedentes de familias tradicionales. Gracias a este cuestionario, los investigadores podían valorar el progreso infantil relacionado con las capacidades motoras, las habilidades lingüísticas y de resolución de problemas, así como las destrezas sociales.

La sorpresa aumentó cuando advirtió que los niños criados conjuntamente por el padre y la madre, conseguían mayores logros en todas las áreas. La razón apunta a que tales niños y niñas tenían dos adul-

⁵¹⁶ (39) Los datos sobre el maltrato y los abusos sexuales a los niños y niñas provienen de una entrevista mantenida en 1987 con David Funkelhor, Director Asociado del Family Research Laboratory en la universidad de New Hampshire. Hay más información, datos y estadísticas en el artículo de Hilda Parker y Seymour Parker, “Father-daughter sexual abuse”: An emerging perspective” (Abuso sexual padre-hija: Una visión emergente), *American Journal of Orthopsychiatry*, octubre de 1986, p. 531-549. Tomado de MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 159.

tos (padre y madre) totalmente involucrados; sin embargo, en la familia tradicional, el padre no estaba entregado al cuidado de sus hijos. Ahora bien, en el grupo estudiado por Pruett, un tercio de los hombres se había convertido en el grupo principal cuidador sin querer, por razones meramente prácticas y, en algunos momentos, como una solución provisional ya que en muchos casos la esposa estaba enferma o ellos carecían de trabajo. Más tarde se implicaron muchos más de lo previsto. Pruett afirma que el padre que conecta con el hijo desde muy pequeño, que participa en el cuidado del niño, desarrolla un vínculo emocional muy fuerte del que suele carecer la mayoría de los padres tradicionales. Este comportamiento responde a lo que Pruett denomina “embelesamiento del padre con su hijo”.

Es fácil que “si el cuidado inicial del niño fuera compartido de forma más igualitaria por hombres y mujeres,... se eliminaría un factor de explotación de las mujeres”⁵¹⁷ (40). En la sociedad actual en la que la mística de la masculinidad potencia en los chicos aquellas cualidades que son contrarias a ser un buen padre, hay muchos más hombres que mujeres incapacitados para cuidar bien a sus hijos. Ahora bien, esta diferencia se acorta cuando se educa y socializa a los hombres para convertirse en padres. No obstante, puesto que parece que existe una base biológica para que se dé una mayor violencia en los hombres, explicada parcialmente por la menor tolerancia para la frustración y por la mayor impulsividad e irritabilidad de algunos chicos y hombres, podría suceder que el porcentaje de hombres incapaces de ejercer como padres

superara algo al de mujeres incapaces para ser madres.

Pensando en el bienestar de nuestros hijos e hijas, es importante ahora y en el futuro no obligar a los hombres a que cuiden a los hijos si se muestran muy reacios a hacerlo. Las reticencias podrían producir conflictos de mayor alcance. Por otro lado es muy importante que las mujeres no vean la maternidad como la única forma de realización femenina, porque esto anima a mujeres incapacitadas o sin formación a ser madres.

8.2.- Las mujeres rechazan el intrusismo.

Al día de hoy algunas conclusiones del estudio de Pruett resultarían, cuando menos, sorprendentes. De ahí que merezcan un comentario.

Las reacciones de las mujeres a las investigaciones de Pruett no se hicieron esperar y fueron muy diversas. No son pocas las mujeres que temen que si los hombres participan en el cuidado de los niños, terminen controlando todo y proclamen su superioridad. Otras no quieren que los hombres allanen el campo del cuidado de los hijos, sobre el que creen tener exclusiva jurisdicción ellas, para evitar que los maridos consigan concesiones de sus esposas en caso de divorcio y en los procesos de custodia de los hijos e hijas. Otras cuestionan la validez del trabajo.

Contra tales prejuicios se ha ido imponiendo la convicción de que las mujeres pueden ganar mucho con la participación de los hombres en el cuidado de los niños. En primer lugar, se corregirán descompensaciones en la vida familiar y de la

⁵¹⁷ (40) PARKER y PARKER, *o.c.*, p. 547.

participación se seguirá una notable disminución de la violencia de los hombres. Las ocasiones de riesgo para maltratos, peligros de violaciones, maridos que se pelean, ex maridos y amantes celosos, etc. tenderían a desaparecer. Con ello, al disminuir la violencia de los hombres, automáticamente se reducirá la violencia de los niños.

Otro aspecto positivo de la implicación y participación de los hombres en el cuidado de los pequeños sería el prestigio que ganaría el cuidado de los niños como trabajo y esto redundaría en beneficio de las mujeres y de los niños. En nuestra sociedad, todo trabajo desempeñado por mujeres suele tener una remuneración menor y un prestigio social inferior al que tiene el trabajo desempeñado por un hombre.

Si se incrementase el número de hombres que participaran en el cuidado de los niños, correría parejo un aumento de la sensibilidad, del control emocional, de la paciencia, de la atención minuciosa y de la ternura que hay que poner en este trabajo. Comenzaría a valorarse la trascendencia que tiene la transmisión de valores morales y sociales y se apreciaría realmente la calidad de vida de cada generación. El criar niños y niñas sería un trabajo tan apreciado y respetado como lo es hoy el de ejecutivo o director de empresa.

Si los hombres se involucrasen en el cuidado de los niños, las políticas sociales comenzarían a ser exponente de la importancia que merece la dedicación a este trabajo. Se prepararía a fondo a los padres y se les proporcionaría una red de apoyo médico, psicológico, de escuelas infantiles con horario ininterrumpido, etc.

Cuando los hombres adquiriesen conciencia de la importancia y de las exigencias que conlleva el cuidado de los niños y de las niñas, se concederían permisos por paternidad y maternidad al padre y a la madre de los bebés y se les habilitarían jornadas laborables reducidas. Todos estos cambios reducirían el estrés y, por consiguiente, habría menos violencia. Está demostrado que los niños que pasan muchas horas en casa esperando que sus padres vuelvan del trabajo, los niños permanecen solos, con graves carencias emocionales, sin unos padres que les marquen el norte y que supervisen sus actividades y sin una disciplina matizada por el cariño, son cebo de la ira y de la violencia.

Si ser padre se considerase como algo realmente importante en la vida de un hombre, si la casa, la escuela y los medios de comunicación realizasen una labor de reeducación de los hombres preparándoles para ser padres responsables, afectuosos y comprometidos, obtendríamos un notable descenso en la feminización de la pobreza (debida a que muchos hombres no se responsabilizan de los hijos e hijas) y una considerable reducción de la violencia.

8.3.- Masculinidad, homosexualidad y confusión de roles.

De extrema relevancia en la familia como empresa educativa y con exigencias muy diversificadas por parte de los educandos es la adscripción “al género” correspondiente a los niños y a las niñas. La confusión de roles al respecto desestabiliza el proceso de constitución del carácter del educando, avocándole a situaciones ambiguas y a respuestas erróneas a la

cuestiones que ya en la temprana adolescencia se presentan.

Las ideas sobre la conducta o el atuendo masculino o femenino están condicionadas culturalmente por los cambios sociales, las modas y las tradiciones. Actualmente no faltan expertos que nos previenen sobre la confusión acerca de la identidad sexual que pueden sufrir aquellos que son los principales cuidadores o que comparten la crianza de los niños y de las niñas con sus esposas, confusión que se hará extensiva a sus hijos e hijas. Bajo este miedo subyace una profunda preocupación de que al educar a los chicos para ser futuros padres cariñosos, dispuestos a mostrar emoción y ternura, aumente la homosexualidad. En situaciones de penuria afectiva o de escasez de relaciones entre ambos sexos proliferan, en edades aun no claramente diferenciadas, las conductas que encuentran en el amigo un terreno abonado para la homosexualidad.

Resulta pintoresco pensar que hay razones para creer que al fomentar en los chicos la capacidad de cuidar de los demás así como la empatía y, al mismo tiempo, huir de la agresión, la homosexualidad disminuye, en lugar de aumentar. Abundan las opiniones acerca de la etiología de la homosexualidad y los especialistas no han llegado a un acuerdo. Existe, sin embargo, un estudio de la bibliografía existente que revela un dato importante: la mayor parte de los machos homosexuales tienen padres que los rechazan o evitan un contacto emocional. Charles W. Socariddes afirma que “para casi todos los niños pre homosexuales el padre es

inasequible como objeto amoroso”⁵¹⁸ (41).

El psiquiatra Ricchard Green, autor de *El síndrome del niño mariquita*, comenta que el “hambre de afecto masculino” actúa como una fuerza imparable desde la niñez en hombres que tienen una relación pobre con su padre y con los compañeros: “Esta necesidad puede motivar una búsqueda posterior de amor y afecto en los hombres. Puede alimentar una relación homosexual”⁵¹⁹ (42). El psicólogo Henry Biller defiende que “una relación inadecuada padre-hijo es un factor relevante en el desarrollo de la homosexualidad entre los hombres”⁵²⁰ (43). Esto no significa que la relación entre homosexualidad y una insatisfactoria relación padre-hijo sea algo universal. En psicología no hay relaciones universales. Cada persona aporta su carácter y su capacidad a cada situación, y por esta razón, a partir del mismo ambiente el resultado será distinto en función de cada persona. Aquí sólo se puede hablar de tendencias⁵²¹ (44).

El psicoanalista Richard A. Isay está convencido de que la homosexualidad es biológica, tesis que comparte con algunos expertos y que han podido corroborar

⁵¹⁸ (41) SOCARIDES, “Abdicating Fathers, homosexuales son: Psychoanalytic observations on the contribution of the father to the development of male homnosexuality” (padres desentendidos, hijos homosexuales: Observaciones psicoanalíticas sobre la contribución del padre al desarrollo de la homosexualidad masculina), en *Father and child*, editado por S. H. Cath, A. R. Gurwit y J. M. Ross, p. 512, citado por MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 159.

⁵¹⁹ (42) GREEN, *The “Sissy boy syndrome”*, editado por S., H. Cath, A. R. Gurwit y J. M. Ross, p. 512.

⁵²⁰ (43) BILLER, “The father and sex role development” (El padre y el desarrollo de los papeles sexuales), en *The role of the father in child development*, editado por M. E. Lamb, p.

⁵²¹ (44) MIEDZIAN, M., *o.c.*, p. 155.

con estudios realizados sobre grupos de chicos en los que realmente existía una predisposición biológica y piensa que el padre que rechaza a su hijo, lo hace porque es “diferente”. Muchos de estos chicos, desde muy pequeños tenían un excesivo y constante interés por ponerse la ropa de su madre, jugar con niñas y jugar sólo a juegos de niñas. Green distingue a estos chicos de los otros muchos que, ocasionalmente disfrutaban con ponerse la ropa de su madre o, a veces, juegan a juegos de niñas y no les gusta el fútbol ni el béisbol.

Los estudios ponen de manifiesto que el padre tradicional se preocupa más por la masculinidad de sus hijos que la madre. Esta actitud y obsesión produce, en muchas ocasiones, un efecto diametralmente opuesto a los deseos del padre. La decepción y el rechazo que sufre un padre con un hijo que prefiere leer a jugar al fútbol o pintar a arreglar el coche, impide que el chico se identifique con el padre y, por el contrario, sí lo hará con la madre, aumentando sus predisposiciones a convertirse en homosexual⁵²² (45).

Actualmente, muchas personas ven todavía la masculinidad y feminidad como categorías ubicadas en unos rígidos compartimentos. Consecuencia de esta visión estereotipada los chicos no sólo son rechazados por sus padres sino también por el grupo de amigos. Afortunadamente nuestra sociedad se ha hecho más flexible a la hora de enjuiciar las aficiones y preferencias de uno y otro sexo y las imágenes de “hombres fuertes” que nos

brindan los medios de comunicación dan la razón a los comentarios del padre y de los amigos. Los compañeros ridiculizan y tratan con menosprecio al chico al que no le gustan el fútbol, béisbol, la caza o las peleas entre miembros del grupo de amigos. En muchas ocasiones, este chico sufre agresiones graves y violencia verbal o física por parte de sus compañeros de clase, al mismo tiempo que es bombardeado con mensajes enviados desde cualquier ámbito poniendo de manifiesto su “falta de hombría” y por lo tanto, su tendencia a la homosexualidad.

Margaret Mead, en su exitoso libro *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*, hace ya unas décadas que defendía que las sociedades que imponen una categorización rígida de la conducta de los hombres y de las mujeres potencian la homosexualidad. Así, proseguía, resulta llamativo que no exista homosexualidad entre los Arapeh y los Mundugomor, dos de las sociedades a las que dedicó su estudio y describió en el libro, porque dichas sociedades tienen definiciones muy flexibles de la conducta de hombres y de mujeres. Ambas sociedades son el reverso de la moneda de las sociedades europea y norteamericana, donde los rasgos de conducta, los intereses y las conductas “masculina” y femenina” tienden a estar claramente diferenciados⁵²³ (46).

No existe una relación intrínseca entre los roles sexuales (el género) y la orientación sexual. El problema radica en que hemos creado artificialmente una situación que anima a convertirse en homosexuales a los chicos cuyas inclinaciones no

⁵²² (45) Cf. GREEN, *o.c.* p. 380-381; y M. E. LAMB, “Fathers and child development: an integrative overview” (Padres y el desarrollo de los hijos: Una revisión integradora), en *The role of the father in child development*, citado por MIEZIAN, M., *o.c.*, p. 159.

⁵²³ (46) MEAD, M., *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*. Nueva York: Dell Publishing Co., 1969 (1935). En castellano: *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*. Paidós.

pertenecen a los compartimentos estancos de roles masculinos que aceptamos como clichés preestablecidos.

8.4.- Modificación de los esquemas de la masculinidad y de la feminidad.

En la actualidad y debido a una saludable convivencia de sexos en la vida cotidiana, en el deporte, en el colegio o en los espacios recreativos, se han debilitados los esquemas heredados respecto a los espacios estancos de la masculinidad y de la feminidad. Ni la niña resta excluida del juego fútbol ni el niño se retira al rincón cuando las amigas de la hermana acaparan los roles de mamás. La educación familiar, en este sentido, encuentra terreno abonado para la inclusión de potenciales marinos. Esta modificación de esquemas y costumbres de lo masculino y de lo femenino facilita la corresponsabilidad educativa de los progenitores facilitando el diálogo y la comunicación.

Desde los primeros meses de vida fomentamos en las niñas algunas destrezas encaminadas a que un día desarrollen una buena maternidad, es el juego de la imitación respecto a la mamá, sin embargo, no hacemos lo mismo con los chicos. En ellos potenciamos destrezas que les permitan ser unos buenos cabezas de familia, directores de empresa, ejecutivos, soldados valientes, etc. Pero no padres implicados en la educación de la prole. Y después, cuando vemos el escaso interés que tienen los hombres por llevar a cabo una paternidad pedagógica responsable, afectuosa y comprometida, nos resta el lamento o la queja ante los resultados obtenidos.

En el fondo para algunos suspicaces existe una sospecha y un temor a que los

hombres que cuidan de sus hijos e hijas, se feminicen asumiendo tareas que devalúan la condición y el estatus de virilidad. Tal situación empobrecería incuestionables facetas de la masculinidad y en consecuencia el hombre podría resultar poco atractivo a las mujeres. Estas, por su parte, ya desde el siglo XIX, modifico el paradigma de la feminidad. Del romántico modelo de mujer delicada, débil, obediente, dependiente y, sexualmente pura, cuyos intereses eran el marido, los hijos y la casa, se ha pasado al modelo feminista en el la mujer se ha independizado y protagoniza tareas en los sectores de la gestión, política, deporte... etc. estableciendo un modelo mas igualitarista entre los sexos.

Ojalá e mediados del siglo XXI lo normal sea conectar con los sentimientos del otro, ser cariñoso, empático y, por supuesto, llevar a cabo una *labor conjunta* con la madre protegiendo y cuidando a los hijos. Si se alcanzase este objetivo habríamos dado un paso importante para conseguir que disminuya la violencia de los niños y de las niñas.